

V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las emociones populares: se podrá cometer algún asesinato sobre mis soldados esparcidos, pero no conducirán sino á la ruina de la España. He visto con sentimiento que se han hecho circular en Madrid unas cartas del capitán general de Cataluña, y que se ha procurado exasperar los ánimos. V. A. R. conoce todo lo interior de mi corazón: observará que me halló combatido por varias ideas que necesitan fijarse; pero puede estar seguro de que en todo caso me conduciré con su persona del mismo modo que lo he hecho con el rey su padre. Esté V. A. persuadido de mi deseo de conciliarlo todo y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimación. Con lo que ruego á Dios os tenga, hermano mio, en su santa y digna guarda. En Bayona, á 16 de Abril de 1808.—Firmado.—Napoleon.

Carta del doctor D. Blas Ostolaza al Exmo. señor D. Juan de Escoiquiz.

"Exmo. señor:

"Muy señor mio: en consecuencia de las amistosas quejas que V. E. se ha servido darme, relativas al sermón patriótico-moral que prediqué y di á la prensa hace algunos años en la ciudad de Cadiz durante la ausencia del rey, y cuyo resumen se ha publicado tambien posteriormente en un papel intitulado: *Fernando VII en Valencey*, impreso en Málaga en la imprenta de Martinez, no puedo menos de confesarle que el poco tiempo que estuve en Valencey, el ningún conocimiento que tenia en la lengua francesa y de algunas personas que me dieron noticia de la familia que acompañaba al príncipe de Benevento, Talleyrand, y mi celo por la conservación de la moralidad y piedad de nuestro joven monarca y de los señores infantes, me hicieron formar un juicio equivocado, así de las personas que componian la espresada familia y sus intenciones, como de la conducta política del señor duque de San Carlos y de V. E. en aquellas circunstancias.

"De esto resultó, que exigiendo la época en que prediqué mi sermón, que realizase las virtudes de S. M. y AA. para aumentar, si era posible, el respeto y amor en los corazones de sus vasallos, pinté con los mas vivos colores unos proyectos de seducción que yo entonces suponía ciertos, y de cuya certidumbre me han desengañado el tiempo y otros informes mas sólidos, haciéndome ver que jamas existieron.

"Este desengaño ha servido para demostrarme que la conducta del Exmo. señor duque de San Carlos y la de V. E. fué la mas útil á nuestro soberano y á SS. AA., y efecto de unos conocimientos de que yo entonces carecía (1); lo mismo digo del viaje á Paris,

[1] Con efecto, esta carencia de conocimientos sobre todo lo que allí pasaba era tal en el se-

de la carta al rey intruso y de cuantas especies ofensivas á dicho señor duque y á V. E. pueda haber en mi citado sermón.

"Esta franca y sincera declaración de mi parte, que nada sino la verdad pudiera arancarme, hará ver al señor duque de San Carlos y á V. E. mi prontitud en reparar cualquiera ofensa siempre que reconozco que es infundada: tal es el carácter de todo hombre cristiano y honrado, y me precio de decir el mio; y estoy tan lejos de pensar de otro modo, que deseo que V. E. imprima para su desagravio esta carta, á fin de que se desengañe el público de cualquiera preocupación que haya podido adoptar en fuerza de mi sermón contra la reputación del señor duque de San Carlos, de V. E. y de cualquiera otra persona comprendida en ella.

"Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años.—Madrid, 4 de Junio de 1814.—Exmo. señor.—B. L. M. de V. E.—Su atento servidor y capellan.—Blas Ostolaza.—Exmo. señor D. Juan de Escoiquiz."

Dictámen dado por escrito por D. Juan de Escoiquiz en el consejo pleno, que de orden del rey D. Fernando se tuvo en Bayona en 27 de Abril de 1808, de que se le dió copia como á todos los votantes de sus respectivos dictámenes, por el secretario de Estado D. Pedro Ceballos en los términos siguientes:

"Copia del parecer que ha dado por escrito el señor D. Juan de Escoiquiz, cuyo original queda en mi poder, sobre la renuncia que el emperador de los franceses pretende haga el rey nuestro señor á la corona de España en favor de la dinastía de Francia.

Obedeciendo las órdenes de S. M., dirigidas á que todos los individuos de su consejo y principales personas de su comitiva, den por escrito su dictámen acerca de si puede ó debe, ó no, abdicar su corona en las críticas circunstancias en que se halla, lo doy segun mi obligacion me lo dicta, contestando, que ni puede ni debe hacer semejante abdicacion. Y para que conste lo firmo en Bayona, á 17 de Abril de 1808.—Juan de Escoiquiz.—Y para que conste, doy el presente certificado, firmado de mi propia mano, y sellado con el real sello, en Bayona, á 30 de Abril de 1808.—Pedro Ceballos."

Proclama dirigida á los españoles en consecuencia del tratado de Bayona por el príncipe de Asturias y los dos infantes D. Carlos y D. Antonio.

"Don Fernando, príncipe de Asturias, y los dos infantes D. Carlos y D. Antonio,

ñor Ostolaza, que á una hacienda llamada el castillo ó palacio de Navarra, que Napoleon habia cedido en el tratado de Bayona á S. M., la da cándidamente el señor Ostolaza el nombre de provincia de Navarra, como se ve en la página 23 del papelito.

agradecidos al amor y á la fidelidad constante que les han manifestado todos sus españoles, los ven con el mayor dolor en el dia sumergidos en la confusión, y amenazados, de resulta de ésta, de las mayores calamidades; y conociendo que esto nace en la mayor parte de ellos de la ignorancia en que estan así de las causas de la conducta que SS. AA. han observado hasta ahora, como de los planes que para la felicidad de su patria están ya trazados, no pueden menos de procurar darles el saludable desengaño de que necesitan para no estorbar su ejecucion, y al mismo tiempo el mas claro testimonio del afecto que les profesan.

"No pueden en consecuencia dejar de manifestarles que las circunstancias en que el príncipe por la abdicacion del rey su padre, tomó las riendas del gobierno estando muchas provincias del reino y todas las plazas fronterizas ocupadas por un gran número de tropas francesas y mas de setenta mil hombres de la misma nacion, situadas en la corte y sus inmediaciones, como muchos datos que otras personas no podian tener, les persuadieron que, rodeados de escollos, no tenían mas arbitrio que el de escoger entre varios partidos el que produjese menos males, y eligieron como tal el de ir á Bayona.

"Llegados SS. AA. á dicha ciudad, se encontró impensadamente el príncipe [entonces rey] con la novedad de que el rey su padre habia protestado contra su abdicacion, pretendiendo no haber sido voluntaria. No habiendo admitido la corona sino en la buena fe de que lo hubiese sido, apenas se aseguró de la existencia de dicha protesta, cuando su respeto filial le hizo devolverla, y poco despues el rey su padre la renunció en su nombre y en el de toda su dinastía á favor del emperador de los franceses, para que éste, atendiendo al bien de la nacion, eligiese la persona y dinastía que hubiese de ocuparla en adelante.

"En este estado de cosas, considerando SS. AA. RR. la situación en que se hallan, las críticas circunstancias en que se ve la España, y que en ellas todo esfuerzo de sus habitantes en favor de sus derechos, parece seria no solo inútil sino funesto, y que solo serviria para derramar rios de sangre, asegurar la pérdida cuando menos de una gran parte de sus provincias y la de todas sus colonias ultramarinas; haciéndose cargo tambien de que será un remedio eficazísimo para evitar estos males el adherir cada uno de SS. AA. de por sí en cuanto esté de su parte á la cesion de sus derechos á aquel trono, hecha ya por el rey su padre, reflexionando igualmente que el espresado emperador de los franceses se obliga en este supuesto á conservar la absoluta independencia y la integridad de la monarquía española, como de todas sus colonias ultramarinas, sin reservarse ni desmembrar la menor parte de sus dominios, á mantener la unidad de la religion católica, las propiedades, las leyes y usos, lo

que asegura para muchos tiempos y de un modo incontrastable el poder y la prosperidad de la nacion española, creen SS. AA. RR. darian la mayor muestra de su generosidad, del amor que la profesan, y del agradecimiento con que corresponden al afecto que la han debido, sacrificando en cuanto está de su parte sus intereses propios y personales en beneficio suyo, y adhiriendo para esto como han adherido por un convenio particular, á la cesion de sus derechos al trono, absolviendo á los españoles de sus obligaciones en esta parte, y exhortándoles como lo hacen, á que miren por los intereses comunes de la patria, manteniéndose tranquilos, esperando su felicidad de las sabias disposiciones y del poder del emperador Napoleon, y que prontos á conformarse con ellas, crean que darán á su príncipe y á ambos infantes el mayor testimonio de su lealtad, así como SS. AA. se lo dan de su paternal cariño, cediendo todos sus derechos y olvidando sus propios intereses por hacerla dichosa, que es el único objeto de sus deseos. Burdeos, 12 de Mayo de 1808."

QUINTA COALICION.—GUERRA DE AUSTRIA.—WAGRAM.

Tantos errores y tantas derrotas como se sucedieron en la guerra de España, quitando al ejército francés la reputacion de invencible, y desacreditando al emperador por la desfachatez de sus mentiras oficiales, restituyeron á Europa el valor para renovar una resistencia obligada. Si España hubiese tenido una constitucion, la cautividad del rey no habria hecho cesar el reinado. Si la hubiese tenido Francia no habria oprimido á España casi tanto como puede hacerlo un país cuya política está solamente dirigida por un gabinete. Los pueblos aprendieron esta leccion y quisieron aprovecharse de ella. Oscurecida la estrella de Napoleon por los vapores de la sangre española, la democracia recuperó la esperanza de cortar las alas del águila y pedirle cuenta de la causa á la cual habia hecho traicion. Dumouriez escribió un manual de la guerra á la desbandada; y el grito de patria que dió la España resonó por toda Europa.

A él respondió principalmente la Alemania, donde Arnot propuso una insurreccion general; las sociedades secretas, escentas de ambiciones, atendiendo solo á impedir la esclavitud de la patria, reconciliaron á los pueblos divididos, siendo el auxiliar sus esfuerzos el único camino de los empleos y distinciones. El tugendbund nacido en Prusia, se difundió en el ejército y entre la juventud; afilábanse las armas en el misterio y las tinieblas, amadas de aquellos pueblos; Blücher, Gueisenhau, Schill, Brunswick, con las armas; Stadion, Stein, Korner, Gents, Kozebue, con sus escritos y canciones, propagaron la fraternidad, y con el nombre de Alemania y Teutonia procuraron unir á prusia-

nos, austriacos, bávaros, wurtembergueses y sajones, dirigiéndose á los pueblos mientras los gobiernos se arrodillaban ante Napoleón.

Este, viendo cuán urgente era apagar estas chispas que podían producir un incendio, quiso antes de emprender la nueva guerra tener una conferencia con Alejandro, y se designó para celebrarla á Erfurth, aunque muchos hicieron temer al emperador ruso una sorpresa como la de Bayona. En aquella conferencia formaban la aurora del sol napoleónico, cuatro reyes, veintisiete príncipes, dos grandes duques, siete duques, sin contar sus familias, y una multitud inmensa de condes, barones y mariscales, verdadera corte plena de régios vasallos. Hubo grande ostentación de festejos y representaciones teatrales: Napoleón, que había llevado allí á la compañía del teatro de la comedia francesa, dijo al grande actor Talma: "Os haré representar delante de un patio de reyes," palabras despreciativas como las de: *cuando yo era teniente* que solía soltar en medio de aquellas majestades seculares. Se hizo presente á Wieland y lo condecoró con la cruz de la legión de honor, así como á Goethe, poetas ambos, apartados del movimiento nacional.

Los dos emperadores rectificaron (1809) lo que habían convenido en Tilsitt, es decir, la división del mundo en Oriental y Occidental; Alejandro accedió á la ocupación de España y de Portugal, siempre que por su parte Napoleón le dejase ocupar la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia, de las cuales quería despojar á la Suecia y á la Puerta. Se acordó también evacuar la Prusia dejando limitado su ejército á cuarenta mil hombres; se declaró que si Austria no había sido desmembrada lo debía solamente á la benignidad de Napoleón, y que se la aconsejaba que tuviese juicio y no diese motivo á sospechas, pues era la intención del emperador dejar la Alemania y dedicarse exclusivamente á la guerra marítima. En una carta escrita por los dos emperadores se hicieron proposiciones á Inglaterra; pero si por una parte Napoleón se lisonjaba de ostentar á los ojos de su rival la armonía en que estaba con Alemania, por otra éste mandaba decir en secreto á Inglaterra que no temiese los efectos de semejante unión.

Crecía el descontento en torno de Napoleón: Murat había perdido con gran sentimiento su esperanza de obtener el trono de España: rumores de divorcio entristecían el corazón de Josefina y de Eugenio; las contribuciones excesivas hacían murmurar al pueblo; la conscripción llevada hasta el abuso se había convertido en terror. Ministros y periódicos encomiaban al emperador, á quien presentaban como muy amante de la paz y escento de ambición, asegurando que la conscripción aumentaba la población y las prohibiciones la industria. En esto eran tan verídicos como cuando afirmaban que Inglaterra había perdido su crédito, pues pre-

cisamente en este tiempo reforzaba esta nación sus arcas con un empréstito de un millón de libras esterlinas al cuatro por ciento. Inglaterra era tan pródiga de oro como Napoleón de sangre. Este ponía todo su afán en aumentar la fuerza de sus ejércitos, en educar á la juventud para las armas, pidiendo á las madres cuantos hijos varones tenían, registrando, por decirlo así, sus vísceras para buscar soldados, convirtiendo la guardia nacional en ejército, y dando á toda la sociedad un aire enteramente militar.

Pero no existía la libertad donde una sola voluntad era la dominante; antes bien el despotismo cada vez más absoluto, se asustaba de todo lo que pudiera recordar los pasados tiempos. Cuando el cuerpo legislativo felicitó á Josefina por las victorias de España, ésta respondió que lo agradecía mucho, tanto más cuanto que este cuerpo *representaba a la nación francesa*. Semejantes frases ofendieron á Napoleón, el cual desde España remitió un artículo al *Monitor* en el cual se leían estas palabras: "La emperatriz no dijo tal cosa, pues conoce demasiado bien nuestras constituciones, y sabe que el primer representante de la nación es el emperador, porque todo poder viene de Dios y de aquella..." Y después proseguía desenvolviendo y apoyando este tema.

En tales circunstancias, ¿podían esperarse ya aquellos ímpetus de entusiasmo y adhesión que habían sido el fruto de la libertad? Napoleón puso entonces á la cabeza del nuevo ejército que destinaba á Alemania, á tres generales descontentos, Bernadotte, Massena y Macdonald, con Davoust y Berthier, que eran sus más fieles é inexorables ejecutores.

Inglaterra, con una uniformidad de opiniones verdaderamente nacionales, desplegó fuerzas gigantescas; tomó la Martinica, única colonia que quedaba á Francia; quemó las escuadras de ésta; paralizó el comercio de su rival con los países neutrales; destinó tropas de desembarco para Portugal y Sicilia, y preparó fondos para Austria. Canning, comprendiendo la fuerza de la insurrección, quiso extenderla también al Norte (1809), comenzando por Holanda con el príncipe de Orange, y de allí á las ciudades comerciales arruinadas por el sistema continental. Después trató de extenderla por la Alemania y el Tirol, donde Hoffer había levantado el estandarte de la revolución, y á las Calabrias, donde se agitaban los carbonarios, y hasta á los territorios de Croacia y de Ragusa. La Prusia, humillada, aguardaba una ocasión para levantarse: si Alejandro de Rusia admiraba á Napoleón, sus boyardos le detestaban; y Francisco II, que al dejar la corona de Carlo-Magno, había pensado dar á las sucesivas adquisiciones de su casa la unidad administrativa, ya que no tenía la nacionalidad, titulándose emperador de Austria, veía en el nuevo espíritu germánico la ocasión de elevarse poniéndose á la

cabeza de los pueblos. Por lo mismo, con el pretexto de prepararse contra el Oriente, armó cuatrocientos mil hombres á las órdenes del príncipe Carlos, á quien eximió de las trabas de consejero áulico. Los reyes habían aprendido de la revolución á echar mano de las masas. Stadion, ministro de negocios extranjeros, estaba en inteligencia con los patriotas de Alemania; el entusiasmo logró romper el hielo de los periódicos austriacos, é impulsada Austria por ellos á hacerse agresora en defensa de la libertad de Europa, acogida (decía ella) bajo su bandera, llamó á las armas á los pueblos de Alemania para defender la nacionalidad, y escribió á los de Italia á la insurrección, prometiéndoles una constitución bajo la sagrada palabra de Francisco. Solo el Tirol respondió al llamamiento; pero pudo conocerse cuán inmenso era el incendio que estaba á punto de estallar en todo el país. ¡Estraña mudanza de situaciones! Austria se veía á la cabeza de los pueblos sin alianza de reyes y convencida del poder de la muchedumbre; mientras que Napoleón arrastraba consigo un tropel de reyes aliados, teniendo en su contra el espíritu popular y acusando á sus enemigos de recurrir á la insurrección. Conociendo el peligro empleó para evitarlo todo su genio; con billetes falsos tomó dinero; condenó á muerte á todo francés que sirviera á los extranjeros, y puso á sus mejores mariscales en el Rin y en Italia. Después abrió una de las campañas más maravillosas que recuerda la historia. No tenía un ejército muy numeroso, y éste se componía casi todo de extranjeros enviados por los príncipes confederados; pero con su grande estrategia procuró tener en jaque á las ponderadas masas del archiduque Carlos, siendo siempre admirable en la defensiva. Después de la batalla de Eckmühl, ó por mejor decir después de cinco batallas sucesivas [1809], Carlos fué rechazado hasta más allá del Danubio, dejando descubierto al príncipe Juan que venía del Tirol; y Napoleón, conociendo la necesidad de dar golpes decisivos, marcó sobre Viena. Para defenderla, se armó el landwehr y se quiso escitar su valor con el ejemplo de España y los recuerdos teutónicos; pero tuvo que rendirse la ciudad á los pocos días. Este no fué un golpe de importancia, pues que el ejército quedaba con toda su fuerza detrás del Danubio, y al mismo tiempo el emperador Alejandro no se había movido á pesar de su declaración de guerra al Austria. Por otra parte, el archiduque Fernando vencía en Polonia y propagaba la insurrección por Alemania. El príncipe Juan, después de haber derrotado en las márgenes del Piave al ejército italiano bajo las órdenes del príncipe Eugenio, amenazaba la Italia central; pero al saber los triunfos que Napoleón había logrado en Austria, volvió piés atrás. El emperador de los franceses decretó en el palacio de Schoënbrunn la agregación de los Estados pontificios á sus domi-

nios; proyectó el desmembramiento de la monarquía austriaca; lanzó los rayos de su ira contra el landwehr, y condenó al último suplicio á los facciosos, bajo cuyo nombre comprendía también á generales valientes y leales en hacer la guerra.

Después pasó el Danubio, pero Carlos lo sorprendió en Essling, donde Lannes pereció con casi toda la caballería de línea, no quedando á los franceses sino la gloria de haberse defendido valerosamente. Si el archiduque Carlos hubiese tenido bastante osadía y noble ardimiento, habría obligado á Napoleón á rendirse con todo el ejército que llevaba; pero su conducta vacilante permitió á éste retirarse a Lobau, isla del Danubio, con treinta y cinco mil hombres, seis mil de los cuales estaban heridos, poquísimas municiones, menos víveres y ningún puente.

Entusiasmóse toda Alemania al ver á Napoleón cogido como una rata del Danubio en la trampa de Lobau: reanimáronse por doquiera la guerra y las intrigas; estalló el descontento en Francia, y á las mentiras ultrajantes y atroces que propalaban los boletines napoleónicos, se opusieron relaciones exageradas de heridos arrojados al Danubio, y la noticia verdadera ó falsa, de que Lannes al morir había dicho á Napoleón: "*Sois la causa de mi muerte; nos haréis matar uno tras otro por vuestra insaciable ambición.*" Napoleón sin embargo consiguió poder pasar á la orilla derecha del río, reconstruir los puentes y restablecer la confianza en el ejército. Quiso por último consolidar su reputación con una batalla prodigiosa, mientras que Carlos permanecía aún mano sobre mano por no tener bastante confianza en sus soldados, y el archiduque Juan no podía impedir que Beauharnais y Macdonald, después de la batalla de Raab, uniesen el ejército de Italia con el de Bonaparte. El emperador, después de haber examinado detenidamente el Danubio á la vista de cuatrocientos cañones austriacos que lo aguardaban, lo pasó en una noche borrascosa, y desplegándose en orden de batalla cerca de Wagram (5 de Julio de 1809), consiguió la victoria después de un combate de los más sangrientos.

Se jactó entonces de no haber perdido más que mil quinientos soldados, pero la verdad es, que quedaron treinta y tres mil fuera de combate, entre ellos veintisiete mil soldados y muchísimos generales austriacos. A consecuencia de este grande hecho de armas, Berthier fué proclamado príncipe de Wagram; Massena y Davoust que se habían distinguido aun más, unieron á sus títulos los de príncipes de Essling y de Eckmühl; Macdonald, Oudinot y Marmont ascendieron á mariscales, y Bernadotte no tuvo ninguna recompensa porque inspiraba recelos al emperador la popularidad que tenía en Alemania.

No fué una victoria muy considerable la

de Wagram; y el duque de Rovigo muy entusiasta por Napoleon, nos ha dejado consignadas estas palabras en sus memorias: "El archiduque emprendió la retirada por todos lados, abandonándonos el campo de batalla, pero no prisioneros ni cañones, y después de haber combatido con bastante arrojo para tener á raya á los promovedores de empresas temerarias. Fué perseguido sin mucho ahinco, tanto porque no se habían desordenado sus huestes, como porque no nos convenia verle de nuevo en batalla."

En efecto, el príncipe Carlos se retiró hacia Bohemia, confiando en que Prusia se movería, y los ingleses efectuarían un desembarco en Stralsund como lo habían prometido, con lo cual se podrían cortar las comunicaciones de Napoleon con el Elba y sobre el Rhin. Pero éste con la rapidez de sus marchas frustró los planes de sus enemigos y los siguió lanzando en ristre preparado para dar otra batalla. Carlos, que no confiaba bastante en sí mismo, y que por lo demás estaba rodeado por algunos consejeros favorables á Francia, solicitó un armisticio sin necesidad ninguna, y Austria, que había concitado en todas partes á sus pueblos á la guerra, ahora los abandonaba.

Fué entonces cuando el duque de Brunswick después de haber reunido un cuerpo de húsares vestidos de negro y con una calavera por divisa, hizo por su propia cuenta una guerra heroica, que fué celebrada por los vates y por el pueblo. El duque sin cuidarse del armisticio, infundió el espanto entre sus enemigos derrotando sus fuerzas repetidas veces, hasta que logró embarcarse para Inglaterra, de donde salió mas adelante para morir en los campos de Waterloo. El mayor Schill partiendo de Berlín con un cuerpo de caballería ligera, compuesto de jóvenes entusiastas, afiliados en varias sociedades secretas, llevando en el pendon un pañuelo puesto por la misma reina, humilló los estandartes del efímero reino de Westfalia; perseguido después se refugió en Stralsund (31 de Mayo de 1809) y no hallando ninguna nave en que embarcarse, se defendió contra diez mil daneses y holandeses y murió peleando.

Habiase organizado también en otras partes la rebelion, á la que se habían adherido algunos generales y ministros del mismo emperador de los franceses. Entonces un ejército inglés de treinta mil hombres trasladado en treinta y siete navíos de línea y veintiocho fragatas, desembarcó en la isla de Walcheren en el Escalda, se apoderó de Flesinga (14 de Octubre de 1809) y aguardó luego en la inacción que estallara la rebelion en Alemania y Holanda, pero ésta no se verificó.

Hoffer, tabernero tirolés, de atlética estatura, gran cazador y opulento, se declaró jefe de la insurreccion de su país en nombre de Nuestra Señora y del emperador de Austria. En esta ocasion, dos regimientos ene-

migos se vieron precisados á deponer las armas estando frente á frente con los facciosos, los cuales después de haber lanzado á los bávaros fuera del Tirol, prosiguieron sus victorias, interrumpidas últimamente por un armisticio. Entonces Hoffer, fiado en la amistad, después de haber obtenido un salvo conducto bajó de los montes, pero fué cogido y fusilado (Febrero de 1810). Un crecido número de patriotas sufrieron á la sazón la muerte por haber sostenido la causa de Alemania, y once oficiales prusianos fueron sepultados en los presidios y galeras.

Lichtenstein, que reemplazó en el mando al archiduque Carlos y que era favorable á Francia, aconsejó á Francisco I que hiciera la paz, y Austria, á pesar de que podía todavía echar mano de varios recursos, porque su estado era bastante floreciente, se resignó á perder dos mil millas cuadradas con tres millones y medio de habitantes, las ricas minas de Salzburgo y setenta y cinco millones de florines, adhiriéndose al sistema continental y obligándose á destruir las murallas de Viena. Una paz tan violenta, podía ser duradera!

SISTEMA IMPERIAL.

Los franceses que habían amado á Luis XVI y á Luis XV, á Marat y á Robespierre, concibieron afecto también por Napoleon, aunque les era muy perjudicial y les arrastraba al abismo. Diremos sin embargo que es muy perdonable el entusiasmo que inspiró entonces este hijo de la fortuna, refulgente entre una muchedumbre de monarcas hereditarios, porque era, finalmente un representante del pueblo y de la libertad, cuyo sello conservaba aun después de haber hecho traición á uno y á otro. El historiador sincero y que profesa á la libertad un acatamiento religioso no puede perseverar en su admiracion y afecto, pero sería injusto si dejara de perdonar tales sentimientos, de los cuales él mismo no se desprende sino mediante la reflexion.

De las operaciones de Napoleon no es posible deducir las teorías generales de un sistema de guerra, pues todo su arte consistía en adaptar sus movimientos militares á las situaciones. El enemigo había creído alcanzarle cuando sitiaba á Mantua, y él no vaciló en levantar el asedio concentrando sus fuerzas para salirle al encuentro en Castiglione. Aventurándose en Arcole en un camino rodeado de lagunas, venció la superioridad numérica del enemigo. En Rívoli la infantería alemana cubria las alturas y en el llano estaban la artillería y la caballería; pero él cortándoles el punto de union y poniéndose entre ellos, los derrotó separadamente. En Marengo y en Ulma cogió por la espalda á sus enemigos; en Austerlitz cayó sobre el grueso del ejército contrario. Su único objeto era, pues, la victoria, sus medios en extremo variados.

La república dominada por sus ideas de igualdad, había otorgado mucha autoridad á los generales de division, declarándoles casi independientes del general en jefe, el cual se hallaba, sin embargo, acosado entre las órdenes de la junta de salvacion y las pretensiones de sus oficiales subalternos, por lo que eran raras las batallas generales y frecuentes las parciales. Napoleon, adoptando otro sistema muy distinto, concentró toda la autoridad en sus manos propias; en efecto, apenas comunicaba á Berthier sus planes en el momento de ejecutarlos.

Napoleon, pues, lejos de introducir cambios esenciales en la táctica establecida por el gran Federico II, no hizo mas que extender su aplicacion especial á las nuevas circunstancias; aumentó el crédito del orden en columna; el cuadro cuya importancia había dado á conocer la guerra de Egipto, llegó á ser una formacion de regla en la ofensiva no menos que en la defensiva; contra la caballería se adoptó el fuego graneado por filas; se ejercitó á las tropas en los trabajos de explanacion, escavacion y levantamiento de fortificaciones, y el continuo ejercicio de las tropas fué principalmente muy activo en el campo de Boulogne, tan pomposo cuanto inútil. En aquella circunstancia, los generales adquirieron á la vista de Napoleon la práctica de las grandes evoluciones. Cuando perecieron todos los veteranos y no quedaban mas que soldados bisoños, Napoleon quiso suplir la esperiencia de aquellos valientes con un inmenso material, y auxiliaba á sus trescientos mil hombres con mil cuatrocientos cañones, es decir, con casi cinco por mil; pero los oficiales experimentados calcularon que las demas armas apenas bastarian para custodiar el material de aquellos; y esta verdad tan clara y sencilla se manifestó en el primer desastre. Sin embargo; los centenares de bocas de fuego, á las cuales dió Napoleon portentosa movilidad, devoraban en las batallas á aquella muchedumbre que el esturador llamaba inhumanamente *carne de cañon*.

Su mayor mérito consistía en su atencion personal, á la que daban aun mas actividad su ferrea salud y sus fuerzas físicas inagotables. En efecto, corría, observaba, escitaba á los combatientes; se proporcionaba espías y planos sin reparar en gastos; él mismo se lanzaba á reconocer el terreno, y mientras que se empeñaban pequeñas escaramuzas, observaba desde una altura todos los movimientos. Jamas calculaba los sacrificios que le costaría la adquisicion decisiva; y durante la batalla lo observaba todo impacientemente, como si estuviere en su gabinete, cuidando siempre de que no se manifestasen en su rostro señales de alegría ni de turbacion, y cerrando los oídos á todo consejo ageno. Sus pomposas proclamas antes y después de la accion eran parte de su táctica. Conseguía la victoria, mandaba en persecucion del enemigo los cuerpos de tropas frescas ó

que menos habían padecido, y daba los premios y las alabanzas en el acto mismo en que recibía los partes.

Así como de las guerras de Federico había resultado una nueva táctica; de las de Napoleon salió la gran estrategia, y los escritores meditando sobre la ejecucion de sus vastos planes, echaron los cimientos de esta ciencia nueva.

Napoleon, dotado de un asombroso talento para crear, reunir y reanimar los medios proporcionados á una empresa, activo para asegurarse siempre la iniciativa, pronto para adivinar los proyectos del enemigo y frustrarlos, sin dejarle tiempo para la reflexion ó el remedio; sabiendo manejar las masas, sacar de una pequeña ventaja provecho para otras mayores, é inspirar á los demas su tenacidad y confianza, obstinado en el combate á fin de que no se perdiese la sangre vertida al principio de la lucha, parecía llevar ligada á su carro la victoria.

Hábil en prepararla con intrigas diplomáticas, llegó á comprender que tanto éstas como las batallas, debían tener por teatro la Alemania. Tenía también el particular tacto de saber escitar entre los suyos la emulacion, que suple al arte en los usos prácticos; sabía inspirar al soldado la conviccion de su superioridad sobre cualquier otro, y lograba de esta manera que tuviese la victoria como artículo de fe, conociendo muy bien que la fe es un admirable principio de accion.

También le favoreció la índole de sus enemigos. Los austriacos eran valientes; pero no estaban animados por el espíritu de emulacion, y seguían servilmente una estrategia acompañada como su diplomacia, por lo cual, Napoleon, que la conocía ya, estaba seguro de derrotarlos.

Los prusianos tenían no solo arte, sino también los soldados de Federico; pero viejos, y por lo tanto inhábiles á maniobrar sus ejércitos, que tenían que habérselas con los ímpetus heroicos de soldados á quienes la revolucion había enseñado á improvisar la victoria; pero entre todos éstos, el entusiasmo de una obediencia pasiva hacia mas formidables á los rusos, muy ejercitados en las guerras asiáticas, por lo que Napoleon halagaba á Alejandro. Los generales contrarios eran siervos de señores despóticos ó estaban sujetos á las órdenes de lejanos gabinetes, ó tenían trabados sus planes de operacion por la presencia de príncipes; por lo demás, los mejores entre ellos descollaban tan solo en el arte de resistir y de retirarse. A Napoleon le habían preparado de antemano ejércitos apreciables por todo estilo las guerras de la revolucion, en que cada soldado se consideraba como un hombre en toda la plenitud de sus derechos, por lo cual valía, obraba y pensaba bajo la influencia de tan noble inspiracion; de tales soldados, salieron eminentes generales, capaces cada uno por sí de mandar un ejército, y no solo de